

## CAPÍTULO CUARTO

*...en el que alguien peludo aparece repentinamente en la oscuridad y sugiere un gran plan*

**T**odo el mundo se quedó en silencio. La discusión había llegado claramente a un punto muerto. Y entonces, como suele ocurrir, la solución apareció de la nada.

— ¡Ya lo tengo! —dijo una voz en la oscuridad.

— ¿Quién está ahí? —preguntaron los tres amigos al unísono.

— No os preocupéis, estoy con vosotros. Y sé cómo resolver vuestro problema —. Entre las sombras apareció el contorno de una figura grande, peluda y con una larga cola. Cuando el misterioso desconocido se acercó a los tres amigos, todos lo reconocieron como un gato. Álex no reconoció inmediatamente a su mascota, ya que Bartolomiau había cambiado mucho. En esta parte del mundo, caminaba sobre dos patas, como Luna, lo que le hacía parecer mucho más grande y alto de lo habitual.





— Para los que no me conocen, permitidme que me presente: soy el heredero comedor de crema agria y leche, Caballero de la Orden de las Tres Salchichas, Bartolomiau Jorge Inocencio VI. Gato mágico de sexta generación.

Álex se quedó sin palabras. Llevaba dos años en la Academia de Magia, pero acababa de descubrir que su Bartolomiau era una especie de gato mágico. Para él, siempre había sido una pequeña bola de pelo perezosa que sólo comía o dormía.

— Bartolomiau... —murmuró Álex, confuso.

— Queridos, por favor, dirigíos a mí como Bartolomiau Jorge Inocencio —señaló Bartolomiau. Y, tras una pausa, añadió—: O como Su Miaujestad.

— Anda, miradlo, ¡qué importancia se da! —exclamó Astro (no le gustaban los presumidos).

— Vaya, no es un comportamiento muy bonito que digamos para un gatito educado —añadió Luna.

— ¡Estos niños! —suspiró el gato—. No respetan a sus mayores. De todos modos, no he venido aquí por vosotros. He venido para proteger a *monsieur* Alexander.

— Bartolom... Jorge Inocencio, ¿de qué protección hablas? ¿Y cómo has llegado aquí?

— Estaré encantado de contarte esta historia más tarde, *monsieur* Alexander. En cuanto a cómo he terminado aquí, la respuesta es sencilla: ¡magia! Pero tampoco vamos a hablar de ello ahora. Tenemos cosas más importantes que hacer, que es ayudar a tus amigos a atrapar al ratón. ¡Ja, ja, ja! ¿Os ha gustado el chiste?

Nadie dijo una palabra.

— Ummm... ¿No os parece gracioso? Bueno, luego ya os enseñaré qué es la ironía. Ahora escuchad mi plan: vosotros dos os escondéis detrás de la cortina junto a la puerta. *Monsieur* Alexander se quedará aquí. Así formaremos un triángulo, una figura geométrica estable—. El gato tenía una pata detrás de la espalda y gesticulaba con la otra. Como un auténtico jefe militar, Bartolomiau señaló algo en el aire con su pata (probablemente un punto en un mapa imaginario), y explicó—: Vosotros os quedáis quietos mientras yo llamo su atención. El sujeto se sentirá atraído, correrá tras de mí para acariciarme y quedará atrapado en el triángulo. Cuando él y yo nos encontremos en el centro de la figura geométrica, me daré la vuelta y diré «¡Miau!» en voz alta. Después de eso, juntos lanzaréis un hechizo de teletransporte y apareceremos en la sala de invitados. ¿De acuerdo?

— De acuerdo —dijo Astro—, pero ¿qué te hace pensar que el duendecillo no se asustará al verte y saldrá corriendo a alguna parte?

— ¡Elemental! A todo el mundo le gustan los gatos. Todo el mundo quiere acariciarlos. ¡No podrá resistirse!

— Si os digo la verdad, no me parece un gran plan —respondió Astro, frunciendo el ceño.



\*\*\*

Álex todavía no había asimilado su sorpresa. No solo tenía que atrapar un duendecillo, sino que su querido gato había resultado ser una criatura mágica, Bartolomiau Jorge Inocencio (¡y de sexta generación, nada menos!). Todo era muy extraño. Álex incluso llegó a pensar que estaba soñando. Para asegurarse de que no estaba dormido, el chico se pellizcó el brazo. Pero no, no era un sueño. Sintió el dolor.

Mientras tanto, todos esperaban a ver qué decía.

— Álex, ¿puedes oírnos? —preguntó Luna.

— ¿Qué? —respondió Álex— ¿Qué? ¿Qué pasa?

— Estamos votando para ver quién está a favor del plan de Su Miaujestad —explicó Astro, bajando notablemente el tono de su voz al final de la frase.

— Vale, de acuerdo. ¿Quién ha dicho qué? Estaba distraído, lo siento.

— Estoy en contra —gruñó Astro.

— No entiendes nada, jovencito —objetó el gato—. Mi plan es perfecto.

Quedaba por hablar Luna. Pero ella miró hacia otro lado.

— Bueno, no sé...

Álex lo entendió todo: como gata, Luna se veía obligada a ponerse del lado de Bartolomiau, pero como buena amiga, le correspondía estar del lado de Astro. Álex tenía la última palabra. De hecho, tenía la sensación de que se haría lo que él dijera.

Álex confiaba en su gato. Puede que no fuera un plan perfecto, pero no dudaba que Bartolomiau llamaría la atención del duendecillo.

— Creo que vale la pena intentarlo. A éste —Álex señaló al duendecillo— no le asustará un gato. Y si no conseguimos atraparlo, entonces idearemos otro plan.

— Vale, vamos a intentarlo —se rindió Astro.

\*\*\*

Bartolomiau se aproximó hasta el centro de la sala con unos andares tan livianos que parecía no tocar el suelo con sus patas. Normalmente, los pasos resonarían en una sala tan grande, pero Bartolomiau pisaba silenciosamente, como si una nube peluda y rayada flotara sobre el suelo. Mientras todos lo observaban en silencio y se quedaban maravillados con el truco, Bartolomiau llegó a su destino. Se sentó frente al duendecillo y comenzó a asearse. Bartolomiau se rascaba y se lamía el pelaje haciendo ruido deliberadamente. Quería que todos a su alrededor pudieran escuchar cómo se limpiaba.



\*\*\*

Es dauerte nicht lange, bis der Gremlin Bartholomiau bemerkte. Sicher, innerhalb der Mauern der Akademie konnte sich jeder als Katze verkleiden - sogar Professor Wisword. Doch der Gremlin schien es nicht eilig zu haben, wegzulaufen. Er war neugierig, wie der Kater in die Bibliothek gekommen war. Er hatte den Kater noch nie zuvor gesehen.

Währenddessen schenkte der Kater der Umgebung keine Beachtung und fuhr mit seinem Putzritual fort. Der Gremlin ging näher heran, um einen besseren Blick zu haben. Plötzlich schien der Kater sich selbst zu schmerzhaft in den Schwanz zu beißen und fing an, ihn zu wedeln. Sobald sich der Schwanz zu bewegen begann, richtete der Kater seinen Blick auf ihn. Er versuchte, ihn mit einer Pfote zu fangen, dann mit der anderen. Er sprang und landete auf allen vier Pfoten und fing an, sich auf einer Stelle zu wirbeln und versuchte, sich zu fangen. Der Gremlin war gefesselt.

Schließlich kratzte er mit seiner langen Krallen am Tisch und machte dabei ein unangenehmes Geräusch. Dann kratzte der Gremlin wieder. Die Katze erstarrte und begann zu lauschen. Jetzt hing sie ihrerseits am Haken und schaute den Gremlin an. Oder, um genau zu sein, auf seinen Finger. Doch der Kater schien keinen Sprung zu wagen. Im Gegenteil, er zog sich ein Stück zurück, setzte sich hin und beobachtete weiter. Der Gremlin wollte offensichtlich mit dem Kater spielen. Doch dieser hatte es nicht eilig, das Gleiche zu tun. Der Gremlin sprang vom Tisch und begann, seinen Finger auf dem Boden im Kreis zu bewegen. Der Kater beobachtete zunächst, traute sich aber nicht näher heran. Dann streckte er eine Pfote nach dem Gremlin aus und versuchte, ihn zu erreichen. Aber es gelang ihm nicht ganz.

Bartholomiau wollte noch näher kommen, aber ein plötzliches Geräusch lenkte ihn ab. Der Gremlin hörte das Geräusch nicht, denn Katzen haben ein viel besseres Gehör. Also bewegte sich die Katze auf die Geräuschquelle zu. Der frustrierte Gremlin folgte ihr langsam. Auf diese Weise legten sie einen Teil der Bibliothek zurück: Die Katze schlich in Richtung des Ausgangs der Bibliothek, und der Gremlin schlich der Katze hinterher. Der Gremlin ahnte nicht einmal, dass Bartholomiau mit seinen gespitzten Ohren nicht tatsächlich jemanden da draußen im Dunkeln jagte...

Nachdem sie die Hälfte ihres Weges zurückgelegt hatten und der Gremlin dem Kater fast die Hand gereicht hatte, um ihn zu streicheln, blieb dieser stehen, drehte sich um und stieß ein lautes «Mi-i-i-ia-a-a-a-a-au!» aus.

Im selben Moment verkündeten Stimmen von überall her:

«Teleport us!»

Alles wurde wolkig. Der verängstigte Gremlin schloss seine Augen, bedeckte seinen Kopf mit seinen kleinen Pfoten und zitterte. Es gab ein Geräusch wie bei einem Zug, der abrupt zum Stehen kommt. Der Boden unter seinen Füßen bebte.

«Nein, nein, bitte nicht!» dachte der Gremlin, zitterte vor Angst und fasste sich mit kurzen Hakentatzen an seinen großohrigen Kopf.

